

## LOS LIBROS

EL MOTIN DE LOS ARTILLEROS, por *Armando Braun Menendez*.

Con los elementos acumulados por Vicuña Mackenna en su célebre libro *Cambiaso*—motín de 1851—al que para completarlo hay que agregar el admirable relato del Capitán Brown, testigo y prisionero de aquel feroz jefe de amotinados, y con los que ha reunido el Sr. Armando Braun Menendez en su libro *El motín de los artilleros* (1) que acaba de publicar en una lujosísima edición en Buenos Aires, referente al motín del año 1877, los escritores chilenos cuentan ya con la documentación histórica necesaria para abordar la gran novela de las regiones magallánicas. Esta región como la de la pampa salitrera, aun espera a los noveladores chilenos. Tema, ambiente y hombres salen inútilmente a los caminos o del fondo de los documentos para apresar al novelista que continúa aferrado a otros temas y a otros personajes de menor cuantía dramática.

El Sr. Braun Menendez ha escrito un libro de formidable interés documental. No queremos detenernos a juzgar su técnica y su estilo. Consideramos estas observaciones de poca monta ante el interés subido de la narración, tomada en sus fuentes directas y escrita en un acento casi familiar, que hace aún más palpitante el proceso de aquel brutal y sangriento motín. Por otra parte, el Sr. Braun Menendez no ha hecho nunca, que sepamos, profesión de fe de escritor y, por lo tanto, no po-

---

(1) Editorial Vial y Zona—Buenos Aires—1934.

demos exigirle como a los otros, condiciones de técnica o de estilo que se adquieren después de un largo trabajo, de media vida quizá, dedicados a la forja y al acondicionamiento. El Sr. Braun Menendez exhumó la documentación que encontró en los archivos y la que pudo recoger de los sobrevivientes de aquel doloroso episodio. Pero no es solo una simple exhumación. Un escueto ordenar papeles, con la glacial impassibilidad de los eruditos. El Sr. Braun Menendez les ha infundido un soplo de vida y movilidad que a ratos, en algunos capítulos, cobra toda la prestancia y el vigor de las narraciones novelescas en forma. La colonia penal del extremo sur del territorio chileno, del último confín del continente, palpita en la ferocidad de los instintos primarios que la soledad, el clima duro e inhospitalario y la promiscuidad, confieren a ciertos elementos humanos. Por los días en que se desarrollan los sucesos, la colonia de Punta Arenas vivía totalmente aislada del territorio. Destinada por el Gobierno a servir de zona de relegación para desertores y delincuentes políticos, fué al propio tiempo tierra de colonización. El Sr. Braun Menendez apunta este doble error y lo convierte en el origen de todos los males que sobrevinieron, desde el motín de 1851 y después del segundo motín de 1877, que es como una continuación del otro, a esa rica región.

Por supuesto, una riqueza inexplorada como la que allí existía, debía tentar la codicia de los grandes colonizadores. Pero también debía hacer de ellos, en muchos casos, por las condiciones feroces del clima y el aislamiento en que estaban obligados a vivir, sin comunicaciones casi, seres de extraordinaria violencia humana. Punta Arenas, en el borde de un mar sañudo y en el centro de una pampa desolada, recoge como un receptáculo todas las irresponsabilidades del instinto. Por todos lados está cercada por lo misterioso y por lo salvaje. Vagan por sus cercanías las manadas de indios patagones y una población mestiza en que se funden elementos de todas las procedencias, fija

al hombre de Punta Arenas un destino excepcional. Veamos primeramente un cuadro admirablemente trazado por la pluma del Sr. Braun Menendez. Es la entrada de los indios patagones a la pequeña colonia. Periódicamente llegaban para efectuar con los colonos extranjeros las operaciones del trueque: pieles, plumas y trenzados de cuero, por abalorios y artículos de primera necesidad. La llegada de esta columna de indios constituía en Punta Arenas un acontecimiento extraordinario. Hacían su entrada triunfal por la calle principal, precedida por los acordes de la banda de músicos de la Brigada Cívica. Detrás de la banda desfilaba el Gobernador, acompañando al grave cacique, envuelto en amplia capa de guanaco. Luego seguían los indios y sus familias, mezclados con los colonos y los comerciantes amigos. La cola de la columna componíase de los curiosos y de los chicos de la vecindad.

«El anuncio de su aproximación—escribe Braun Menendez—congregaba a los habitantes en la linde del poblado y desde allí atisbaban la primera aparición de la tropilla. Pronto asomaba la yegua «madrina» seguida de los cebrunos y azulejos, de los cruzados, picasos y pangarés, del overo, del moro y del tostado, y luego las hileras de los caballos peludos en que cabalgaban los indios, cubiertos con sus mantas y ponchos, la aceitosa y negra cabellera apretada con la «huincha» y alzando en alto sus lanzas de tacuara, en una de las cuales flameaba un gallardete tricolor. Seguían las indias también de a caballo, con sus chicos atados a la espalda, llevando los utensilios domésticos y arreando los cargueros, agobiados por los pesados líos de pieles».

Es un cuadro, distante ya, pero evocado con precisión, arrancándolo a la desvanecida historia de Punta Arenas en los primeros años de su dramática existencia.

\* \* \*

La riqueza está aún virgen en los días en que Cambiaso levanta su impetuoso dominio de tiranuelo. Para que se vea hasta que punto, la soledad, el abandono y la escasez de penetración del gobierno central permiten fructificar el germen de los motines, no hay sino leer los libros de Vicuña Mackenna y éste, que narran sucesos parecidos. Los dos más crueles y sanguinarios levantamientos de la colonia penal, obedecen a un mismo ritmo, como si se dijera a una misma consigna. Artilleros en connivencia con delincuentes. Ese soldado abandonado en un territorio solitario, cerca de la sugestión glacial del polo, a merced de las ásperas ventiscas, en medio de un ambiente de libertad peligrosa, lejos de toda comunicación y por lo tanto, consciente de la irresponsabilidad; sometido por la autoridad de la colonia a los más duros castigos, en promiscuidad con los desertores y relegados políticos que las revoluciones del centro del país arrojan a las soledades magallánicas, constituye un elemento magnífico de revuelta. El soldado está obligado a ser vigilante de penados y defensor del gobierno. Debe convivir con los relegados a los cuales se castiga en la misma forma que a los soldados: a palos. El colono, por su parte sabe que no hay más sostén para su defensa que esos soldados embrutecidos por la soledad. El colono es indudablemente un héroe, puesto que está obligado también, por su propia voluntad a vivir en promiscuidad con sujetos de obscura procedencia. De tarde en tarde, llegan a las costas del estrecho los buques extranjeros o los que destaca el gobierno. Largos meses la bahía se ve solitaria y desolada y el núcleo humano en el que alternan prostitutas, soldados, relegados, indios y colonos, vive en la asechanza perpetua de los instintos. Columnas de pescadores atraviesan el estrecho y llegan a los dominios aun más desolados de la tierra del Fuego; otros colonos de nacionalidad portuguesa, doblan los cabos en busca

de los lobos y de nutrias. Es siempre el hombre en lucha con los elementos, en constante conquista, en eterna postura de ataque y de defensa.

La ciudad se levanta lentamente, entre empalizadas y cubos de madera. Una iglesia surge, con su cruz en alto. Luego, la gobernación, el cuartel. Todos tienen allí, colonos extranjeros y colonos penales, un mismo destino. Parecen arrojados a esas soledades para que cumplan dolorosas relegaciones. Están olvidados de todos. Penan unos. Los otros buscan la riqueza, labran la tierra, cazan las ricas especies marinas, acumulan espesas manadas de ovejunos, entre el temor constante de las depredaciones y los asaltos de los indios.

Este libro del señor Braun Menendez simplifica en forma muy interesante, no solo la agudez del hondo drama que se vive en esas regiones en la segunda mitad del siglo pasado, cuando Punta Arenas es apenas un cacerío surgido entre la atmósfera neblinosa del estrecho, sino también el lento proceso del nacimiento de la ciudad. El motín de los artilleros se produce una noche cuando toda la colonia duerme. De un solo envión, la barbarie acumulada y los instintos contenidos durante meses, arrasan la pequeña ciudad. Las llamas de los incendios iluminan el cuadro siniestro. Truenan los cañones disparados por los rebeldes y la fusilería siembra por todas partes la muerte. La ciudad está a merced de los amotinados. Las familias que pueden, huyen hacia los bosques cercanos. Los más valientes caen acribillados y el propio gobernador Dublé Almeida, al cual nadie obedece, se lanza en la noche orillando el estrecho, en una caminata dolorosa, en busca de la cañonera «Magallanes», comandada por Juan José Latorre, más tarde el célebre almirante de la marina chilena. La distancia que lo separa del seno en donde maniobra el buque chileno, es enorme, pero Dublé Almeida la salva en dos días y logra llegar a la costa de Skiring Waters, en el cual se destaca la elegante y brumosa silueta de la «Magallanes».

Tres días y tres noches dura la bacanal furiosa. Prostitutas, soldados y penados, bailan y cantan entre cadáveres y he-

ridos. Las cajas de caudales son abiertas, los almacenes saqueados, las viviendas de los colonos incendiadas. «El alcohol—escribe el autor—fué el activo elemento que vino a brindarles nuevos ímpetus revolucionarios y nuevas ansias de saqueo. A la natural inclinación hacia la bebida, añadíase ahora la facilidad de los medios para obtenerla. No había más que estirar la mano, o solicitarlo de los aterrados dueños y dependientes de comercio, para posesionarse del espeso y aterciopelado tinto, del amable champaña y de los reconfortantes licores; «el huachacay», el pisco y el ron, y otros cálidos ingredientes de este estilo. Y en seguida se armaba la fiesta; como no faltaba guitarra ni una cantora, empezaba pronto la consabida cueca con tamboreo y huifa, entretanto la banda de música de la Brigada Cívica amenizaba desde afuera la parranda, y no faltó ocasión para que el saqueo se efectuara al compás de la Canción Nacional, hecho que no sabemos como calificar: si de raro refinamiento, alegre sarcasmo o cruel ironía».

La pluma del señor Braun Menéndez se vuelve ágil en esta narración, que ha logrado hacer patética, conmovedora y extraordinariamente interesante, ceñida al documento vivo y directo de que es feliz poseedor. La familia del autor fué una de las primeras colonizadoras de esa región, y alguno de sus antepasados asistió como testigo al sangriento motín. El libro está lleno de datos de gran valor histórico. Posee, además, páginas de viva y liviana sugerencia, cuadros magníficos de costumbre del tiempo,—como la huída trágica de un grupo de amotinados a través del desierto de la pampa—perfiles de personajes trazados de mano maestra, y un minucioso y palpitante estudio de la región magallánica, que revelan, desde luego, a un temperamento de escritor con notables condiciones. Además de lo anotado, el señor Braun Menendez ha trazado la psicología de esos hombres colonizadores, y los hace vivir en reacción constante con el medio hostil en que fundaron una ciudad de tan rica y fuerte sugestión humana.

La edición de esta obra es una joya, por la belleza de las ilustraciones hechas por el artista argentino Map, muerto, desgraciadamente, en hora temprana. El dibujante realizó una labor admirable, por la veracidad de sus cuadros, ajustados en todo a los documentos de la época, y reconstruyó, de acuerdo con la autenticidad de los datos y el vigor sobrio de su imaginación de artista, una etapa histórica que servirá grandemente a los estudiosos y a los novelistas que se decidan a escribir sobre ese sugestivo período de la vida chilena.—DOMINGO MELFI DEMARCO.



AMES ET VISAGES DU XX<sup>e</sup> SIÉCLE, por *André Rousseaux*,—(Bernard Grasset, París).

Entre los críticos franceses, André Rousseaux se distingue por su honrada profundidad. Busca sus temas, a veces, en ambientes antagónicos a su conservantismo literario, pero lo hace con una probidad ejemplar que, en otros términos, podríamos definir, como estudios en simpatía.

Rousseaux rastrea las inquietudes de este siglo y fija su mirada en un grupo de espíritus móviles y representativos de los problemas de la inteligencia francesa. En la primera parte de su reciente obra *Ames et Visages du XXe Siécle* recorre la producción de Rolan Dorgelés, de Francois Mauriac y de Georges Duhamel. En la segunda parte, que domina «El desierto de la inteligencia» ahonda en la comprensión de Paul Valéry, de Jacques Lacretelle y de Jean Cocteau. En la tercera, el material es más vasto y se acerca bastante a las preocupaciones revolucionarias del arte de nuestro tiempo.

Ahí se pasa revista a Henri Pourrat, a Jean Giono, a André Chamson, a Jules Romains, a Paul Morand, a Henry de Montherlant, a Drieu La Rochelle, a Jean Guéhenno, a André Malraux, a Marcel Arland y a Georges Bernanos.